



## COMENTARIO

RAFAEL SEGOVIA

De las ponencias presentadas parece derivar un cierto acuerdo sobre el tema de la historia política. El poder, su formación, distribución, ejercicio, etcétera, es el campo de estudio de esta historia adjetivada.

Salta de inmediato una primera objeción: ¿hay posibilidad de historiar un campo previamente acotado del pasado o, por el contrario, éste forma un todo tan estrechamente interrelacionado que toda división sólo conduce a oscurecerlo? Aceptemos la posibilidad de aislar un fenómeno —el poder— para mejor observarlo, analizarlo, y explicarlo. En esto nos encontraríamos con la incapacidad de marcar el límite inferior, el dintel donde se origina el poder. Segunda objeción que, de hecho, invalida la primera “concesión” —la posibilidad de estudiar el poder como un fenómeno analíticamente aislado. Extender el estudio hacia unas raíces lleva indefectiblemente a salirse del campo de la historia política para entrar de lleno en otros: historia social, económica, cultural, etcétera, con lo que volveríamos a toparnos con la unicidad de todo fenómeno histórico. Problema bizantino, si se quiere, pero sólo soluble si se acepta previamente una filosofía de la historia capaz de jerarquizar los hechos estudiados y de explicar los cambios originados en un sector de estudio de la historia —económica, pongamos por caso—, u otro —la política, pongamos también por caso. Lo que sí no se encuentra en ninguna parte es la filosofía de la historia —o ideología, no importa la palabra— subyacente o manifiesta en los historiadores: éstos siguen obstinados en ver una garantía de seguridad en los fenómenos estudiados, como si la garantía jerárquica se desprendiera de ellos sin más esfuerzo ni trabajo que observarlos.

Otras filosofías de la historia o ideologías repercuten directamente en la metodología: quien vea en la historia “mi interpretación Whig” acudirá a la transposición de los métodos de la ciencia política —y sobre todo de la sociología política— al pasado. Al escribir su *The structure of politics at the accession of George III*, S. Lewis no hacía sino implantar —con su genio inefable, hasta hoy no igualado los métodos de A. Siegfried y Charles a un tema histórico. Admitamos que este tipo de corriente —el estudio de la modernización de las sociedades— es hoy absolutamente dominante o casi y, por ello, no es extraño que los sociólogos lo encuentren en México.